

Rueda Ramírez, Pedro: *Libros y bibliotecas en Puebla de los Ángeles: circulación atlántica y consumo de impresos (siglos XVI-XVII)*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2023. 276 pp.

Alberto Gamarra Gonzalo

Universidad Complutense de Madrid

E-mail: agamar01@ucm.esORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7848-9529><https://dx.doi.org/10.5209/rcha.104544>

El estudio del movimiento trasatlántico de impresos desde España a sus posesiones americanas en época moderna se ha constituido en una pieza imprescindible para explicar correctamente la historia de la edición y el comercio del libro en el ámbito hispánico, junto con otras derivadas que interesan a la creación intelectual y artística de esta época. Tal aseveración no sería posible sin el trabajo intensivo que el Dr. Pedro Rueda (Universidad de Barcelona) viene desarrollando desde finales de los años noventa. Con *Libros y bibliotecas en Puebla de los Ángeles*, una feliz reunión de artículos y capítulos publicados entre 2011 y 2017, centra su atención en un eslabón relevante de este movimiento libresco, como fue la ciudad de Puebla de los Ángeles, en el virreinato de la Nueva España (hoy Heroica Puebla de Zaragoza, en la República Mexicana).

El precoz papel del núcleo angelopolitano como nodo autónomo en la circulación de mercancías entre Veracruz, hogar temporal de las flotas indianas, y la capital virreinal, explica la concentración de capital comercial (con conexión directa con los proveedores peninsulares, al tiempo que contaban con sus propias redes de redistribución en el interior mexicano y hasta Centroamérica), el desarrollo manufacturero y, en paralelo al crecimiento humano e institucional, el surgimiento de una importante demanda de libros y materiales de escritorio por una parte de su comunidad, entre los que encontramos, en primera fila, a juristas y otras profesiones liberales, clérigos y órdenes religiosas, pero que también alcanzó a otros lectores más esquivos (como aquel esclavo al que la Inquisición incautó en 1588 una celestina y otros dos textos devotos). No obstante, no sólo se consumieron los pesados libros en folio o en cuarto. También los impresos menores, como cartillas, bulas de indulgencias o grabados sueltos, circularon por miles, mientras que el rol jugado por las copias manuscritas en las bibliotecas particulares no fue desdeñable. Lamentablemente el potencial de esta ciudad para comprender el mundo del libro colonial y transatlántico en sus dos primeros siglos, como bien se defiende en el primer capítulo, no encuentra refrendo en una literatura científica sólida. El volumen y dispersión de fuentes primarias entre archivos mexicanos y españoles, más la pertinaz supervivencia de muchos testigos directos de estos intercambios en sus colecciones institucionales, que obligaría a cualquier interesado a aprender el don de la bilocación de sor María de Agreda, representa otro escollo importante.

Afortunadamente el Dr. Rueda no se arruga ante este reto y a través de siete estudios de caso hace comprensible este caleidoscopio de papel y tinta. La complejidad de las relaciones económicas y humanas, con los exigibles legales y logísticos aparejados, que hicieron posible el transporte de cientos de miles de ejemplares desde las prensas europeas hasta las librerías y bibliotecas poblanas se resuelve en los capítulos II-V. El análisis de un catálogo de libros impreso en

Sevilla en 1680, ideado exclusivamente para la venta de su oferta en el mercado novohispano (el primero de su clase para el continente americano) y cuyo primer testeo práctico en Puebla sufrió un tropezón inquisitorial, demuestra que esta demanda ultramarina forzó innovaciones en las herramientas habituales del mercado del libro en España. Pero la identificación automática de estos profesionales del libro como los únicos engranajes de este tráfico es un error. El estudio de la circulación de obras musicales a América revela que esta demanda, caracterizada como irregular y focalizada en unos clientes muy concretos (catedrales y otros templos coloniales), obligó al empleo de intermediarios informales como músicos y clérigos que viajaban desde y hacia la metrópoli, cuando no al empleo recurrente de copias manuscritas.

La relevancia de Puebla para el mercado minorista del libro queda atestiguada por el temprano establecimiento de intermediarios especializados, los cuales pronto empezaron a tratar de tú a tú con los proveedores hispalenses. Este emprendimiento queda ejemplificado por la trayectoria de uno de estos pioneros, Diego López, un librero activo a principios del seiscientos, y por el volumen de su negocio: más de millar y medio de ejemplares importados durante casi dos décadas (la mayoría en latín y con contenidos destinados a la formación y a la religión). Con todo, un sagaz análisis de los registros tributarios locales prueba que la librería de López no llegó a superar los límites de un negocio modesto, al contrario que otras profesiones con mayores ingresos. La otra parte de este negocio, o sea, la de aquellos profesionales hispalenses que concentraron la redistribución de las novedades editoriales de Castilla y de otros centros europeos hacia el mercado americano, se explica desde uno de sus representantes más conspicuos, el mercader Antonio del Toro. El análisis de sus remesas de mercancías impresas, sucedidas con regularidad durante casi toda la primera mitad del seiscientos (con una suma total de más de 19000 ejemplares correspondientes a unos 1700 títulos), permite a este investigador identificar las estrategias adoptadas por Toro para prosperar en un contexto difícil y en el que era nota habitual la demora en el retorno de los beneficios. El empleo de familiares como representantes en suelo americano, la compartición de riesgos con otros mercaderes o su diversificación simultánea entre varios destinos no dejan de ser recursos habituales entre los mercaderes de Indias. Pero la singularidad de estas mercancías, sujetas a condicionantes comerciales y legales propios, impulsó otras actuaciones, como fueron los envíos de un gran número de ejemplares por cada título para inundar el mercado de destino y así desplazar a posibles competidores, o también su especialización en textos devotos, educativos y de entretenimiento, limitando la exportación de otras obras más especializadas al albur de encargos previos o a una representación testimonial.

Una vez conocidos a los responsables de la oferta y de la logística implicados en este movimiento libresco entre continentes, con Puebla como destino preferente, queda pendiente el abordaje de sus demandantes. Consecuentemente, entre los capítulos VI-VIII, se abordan las características de diferentes bibliotecas de particulares o de instituciones que llegaron o se crearon en esta localidad novohispana. Una de ellas sería la formada por el clérigo Juan Rodríguez de León en España con anterioridad a su llegada en 1633 para ocupar una canonjía en la seo poblana. Un registro con unos 150 títulos elaborado a raíz de esta mudanza dibuja, por una parte, una colección especializada en fuentes y herramientas precisas para la predicación y el ejercicio del derecho, unas habilidades de las que haría gala en esta última etapa de su vida; pero también, por otra, testimonia las relaciones cultivadas en la corte madrileña al incluir varias obras de familiares y conocidos. Se demuestra así que en la inclusión de determinados libros en una biblioteca particular pesaban criterios diferentes a la lectura recreativa o erudita.

El siguiente capítulo se interesa, por contra, en el singular origen de una parte de la biblioteca privada del obispo Manuel Fernández de Santa Cruz, que había sido adquirida en Lisboa y transportada a Puebla, previo paso por Cádiz, en 1683. El estudio de un registro privado de esta transacción delimita la compra de un centenar de obras diferentes (un conjunto de novedades editoriales de las prensas lusas, en su mayoría, con un contenido enfocado para la promoción de la devoción, la predicación y la historia de la expansión portuguesa y misional), que complementaban la orientación de la colección preexistente. Un episodio, por tanto, que ayuda a conocer mejor las relaciones hispanas con este país en clave libresca, todavía insuficientemente estudiadas. El recorrido por las bibliotecas angelopolitanas se cierra con un caso diferente, la creación formal

de la biblioteca del joven convento agustino local, mediante dos compras a mercaderes sevillanos en 1609-1613. La orientación de los textos adquiridos era la esperable con sus objetivos fundacionales como baluarte de la fe, o sea, un contenido abrumadoramente religioso, desde la historia eclesiástica a la teología, pasando por el derecho canónico o los comentarios sobre las sagradas escrituras. Es probable que este tipo de colecciones, gracias a su estabilidad patrimonial, que facilitaba su empleo regular por numerosos lectores diferentes en un tiempo superior al de una vida, hayan generado un impacto intelectual mayor que el de las particulares, amén de dinamizar en su momento, con sus grandes y costosas adquisiciones, el desarrollo del comercio del libro.

En la actualidad las bibliotecas Palafoxiana y la universitaria Lafragua, principales custodios del patrimonio bibliográfico de Puebla, se constituyen en el sedimento tangible de cientos de años de compraventas, donaciones y lecturas de los libros que pasaron por esta localidad. Sin embargo, el conocimiento de los antecedentes de la mayoría era casi epidérmico, cuando no inexistente, un balance que gracias a la obra aquí reseñada ha empezado a cambiar. Tras su lectura nadie podrá discutir el protagonismo de esta localidad en el mercado del libro novohispano, ni tampoco la huella de sus bibliotecas en la cultura local, que solo sería superado en ambos aspectos por el de la propia capital virreinal. Quizás la única pega que se pueda achacar a este trabajo es la poca visibilidad otorgada a la imprenta poblana, de la que solo se cita su tardío establecimiento, en 1641, así como una compra de tipografías amberinas varias décadas después. Hubiera resultado de interés una mayor atención a su producción impresa y cómo ésta se relacionó con los intereses lectores locales y con la importación de libros foráneos.

Pero no solo interesan los resultados científicos que se presentan. La capacidad sintética de este investigador, pues logra integrar en un único discurso a agentes y situaciones muy diversas en un largo periodo de tiempo; su habilidad para interrogar fuentes archivísticas de muy diferente rango y perfil (son especialmente admirables los resultados obtenidos cuando se procesan los cientos de títulos contenidos en algunas listas de embarque); su apertura a nuevas vías de trabajo (como el potencial de las procedencias en bibliotecas institucionales, hoy un tema candente); y, sobre todo, su conciencia de que no es posible elaborar una adecuada historia cultural sin la correspondiente formación bibliográfica (como demuestra el apéndice final, con la transcripción y paciente identificación de las obras contenidas en los listados de libros exhumados), convierten a esta cohorte de estudios en una útil guía metodológica para quien aspire a replicar esta clase de investigación en otras localidades americanas.